

El espacio vacante, las miradas cruzadas

Laura Carreño Naranjo / Fotografía: Verónica Carreño Naranjo

Cuenta Calvino en su nota preliminar que en *Las ciudades invisibles* no se encuentran ciudades reconocibles, que son todas inventadas. Y sin embargo, también escribe que lo que el libro evoca no es sólo una idea atemporal de la ciudad, sino que desarrolla una discusión sobre la ciudad moderna.

En esta encrucijada en que trabajamos y en especial en este sistema extraño formado por los Baños del Carmen y los Astilleros Nereos, ¿qué ciudad invisible emergería para mantenerlos con vida? ¿Podríamos describirla por las dos realidades de cuya yuxtaposición nacería naturalmente, como un espécimen híbrido? ¿Se trataría de un espacio mestizo resultado de una suma de mutaciones que buscan la adaptación?

Las fuerzas necesarias para provocar-desencadenar este nacimiento están en la situación de constreñimiento que sufren estas dos arquitecturas traída del devenir de los años, las leyes de arrastre de las mareas y las decisiones políticas en cuanto al litoral. Se trataría quizás de un milagro de materialización de miradas cruzadas entre dos mundos que no se mezclan, una búsqueda de alianzas, de manos tendidas.



Del patio de trabajo y del jardín olvidado

El patio de trabajo y el jardín olvidado son vacíos que palpitan al ritmo de las olas, manteniendo con vida estas dos realidades que se acercan. En este palpitar se condensan el devenir de los años pasados y el ajetreo del presente, y se van desvelando las batallas futuras. Es en estos vacíos donde se decide la vida y desde donde se lanzan los cabos para el amarre; las alianzas y las resistencias.



De la decadencia y el uso

Las resistencias, el temple, están en las cosas de un modo pasajero, y responden al amor de forma directa. La visita, el trato amable, la palabra, la caricia y la mirada atenta ponen en las cosas la luz, la voluntad de permanencia, la vida y el palpito. Sin embargo ocurre que cuando las cosas pierden su resistencia surge una nueva posibilidad de reorientarse; se supera el propio fin del que se alimentan y aparece la oportunidad de los mestizos.







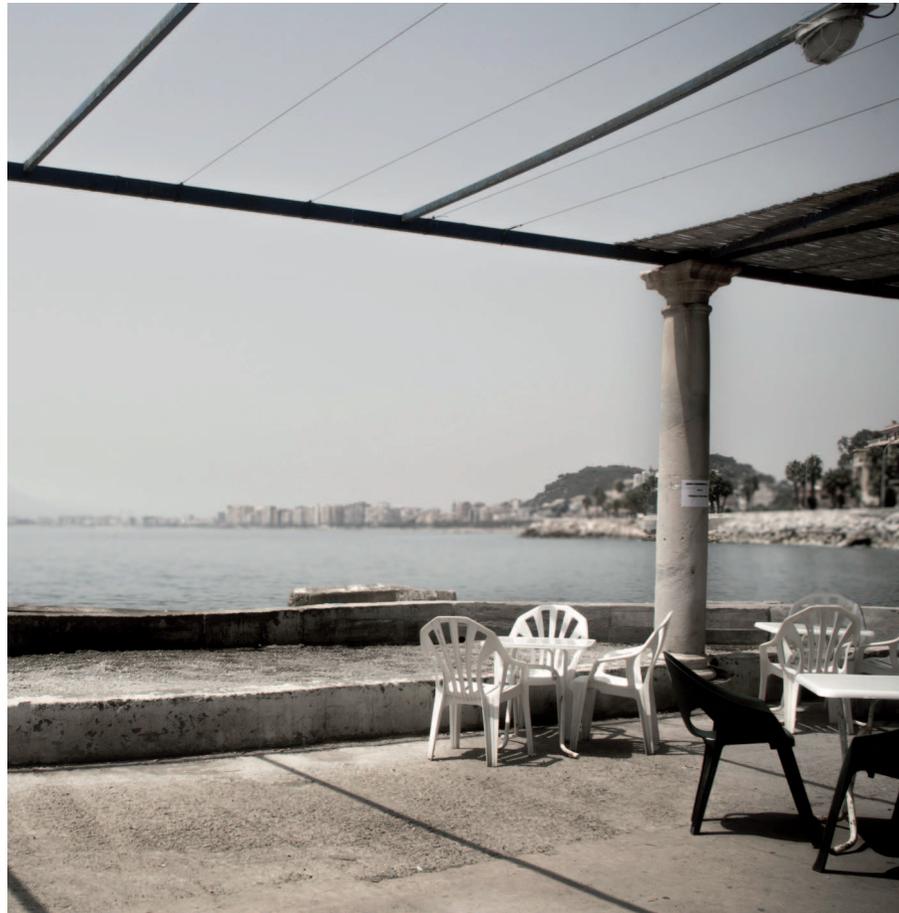
Del ocio y el trabajo

Hay algo elevado en el lugar donde se trabaja. La mesa donde se dibuja, el orden con que se disponen las herramientas, la decisión tras cada objeto, son testigos y partícipes del milagro -que el trabajo es un amor antiguo. También hay algo elevado, aunque de un modo distinto, en el esfuerzo de reinención y de actualidad del mundo del ocio, en su búsqueda de los comunes en el anonimato, el cliché y la postal. En los encuentros.



De la vocación de los espacios

Estos vacíos -el jardín olvidado, el patio de trabajo, la línea de la costa- sirven tanto al encuentro fortuito y al anonimato como a los lazos estrechos del barrio y la costumbre. El reunirse en torno a las cosas, o frente a ellas, crea entre quienes se encuentran hilos invisibles de una consistencia más densa, los hace cómplices, los proyecta fuera y a través; los nombra.







De los vacíos

Para ser nombrados, los vacíos necesitan de los llenos a los que son cercanos; tal vez verse envueltos y acotados por ellos, tal vez aceptar su gravedad y desarrollarse en torno. Y qué diferentes estos dos vacíos: el uno que se fuga al horizonte, va cediendo y va perdiéndose entre las columnas solitarias; el otro que resuena contra las paredes del astillero y se densifica en las fendas de las maderas y en el portón que abre al mar. Que toda arquitectura establece un diálogo con el vacío, y que estas dos arquitecturas son los apoyos que están construyendo lo que no llenan.





Del ensimismamiento

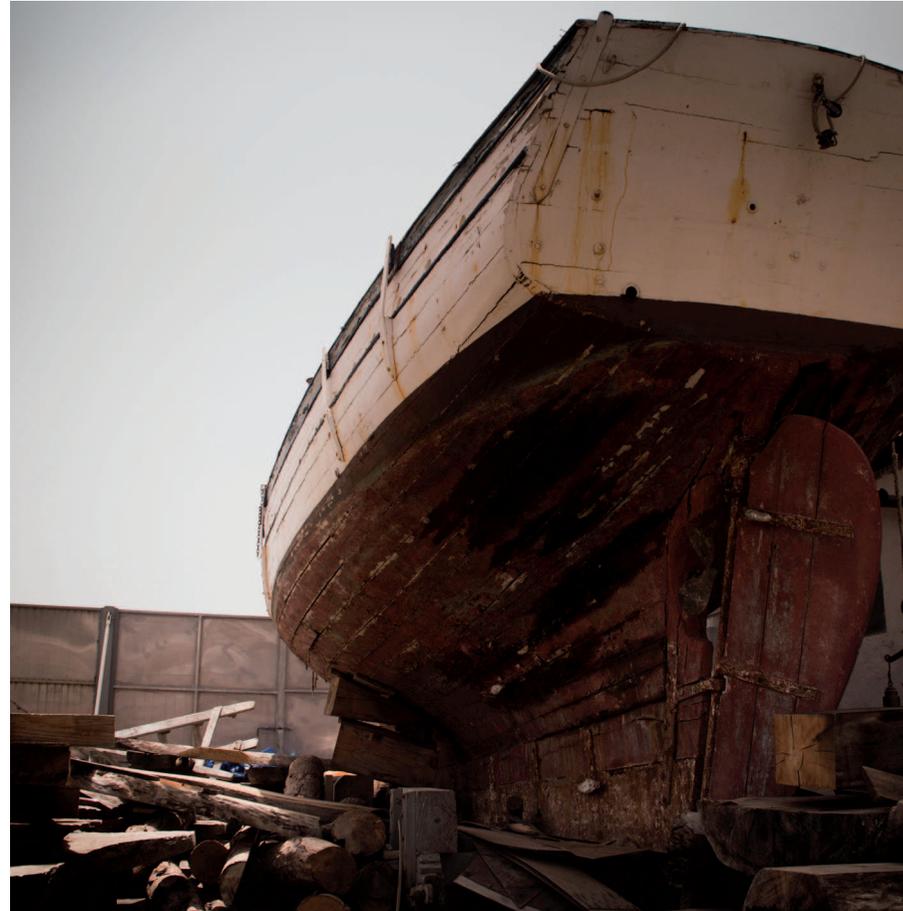
El mar, el horizonte abierto, llevan al recogimiento y al situarse tras uno mismo y tras las cosas. Llevan a construir los bordes del pensamiento y del espacio, a reconstruir la mirada y reafirmar la posición. Ese silencio del trabajo y de la contemplación son quizás el mismo silencio del fugarse y al tiempo recogerse, el que palpita en el rumor del agua que media y que acerca.





Del encuentro con el agua

En el Astillero, al hacerse los barcos, se trabaja el mar en su ausencia. En el dibujo de las líneas de agua están el mar y sus leyes, como en las velas plegadas está el viento. Se está, de alguna forma, construyendo el horizonte, clamando y reclamando la línea última desde el plano que separará el mar del cielo una vez que el barco toque el agua. Se está trayendo el horizonte a las manos, a los ojos, al pensamiento. Se está creando horizonte y se está, al tiempo, creando lo que habrá más allá, traspasando el borde.





De los esqueletos

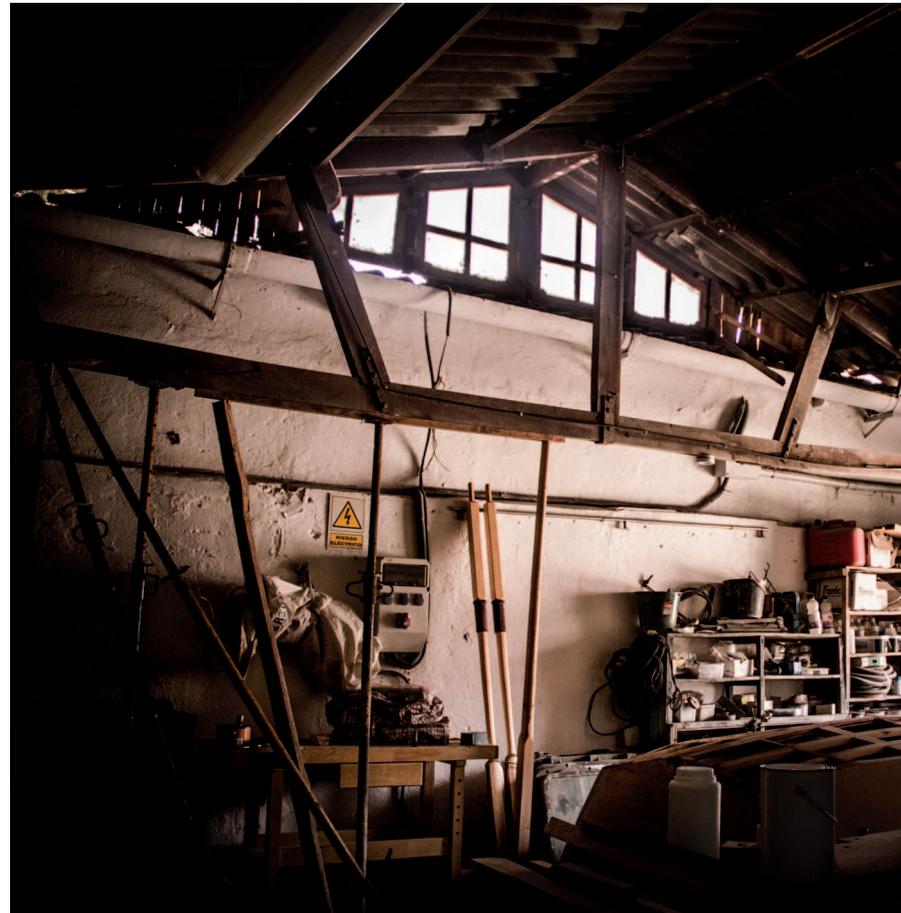
Estos restos, estas ruinas, los esqueletos de las columnas que fueron, que alguna vez se irguieron frente al mar permanecen en este espacio vacante, nos hablan del desgaste y la erosión, de los procesos biológicos de la muerte, la irremediable sucesión de estados, la vuelta al polvo. Los demás motivos van perdiéndose, el tiempo provoca en cada elemento las necesarias transformaciones y todo va quedando, va encontrando el perfecto lugar y la perfecta forma, esa belleza de lo previo y lo inevitable de la ruina y del esbozo. Y estos esbozos son las cuadernas de los barcos apuntando al cielo y presagiando una inevitable muerte que los llevará, algún día, de vuelta a la playa, al reposo de la ruina, al olvido de los demás motivos, al mismo abandono de las columnas que fueron, calladas, sobre la misma arena.

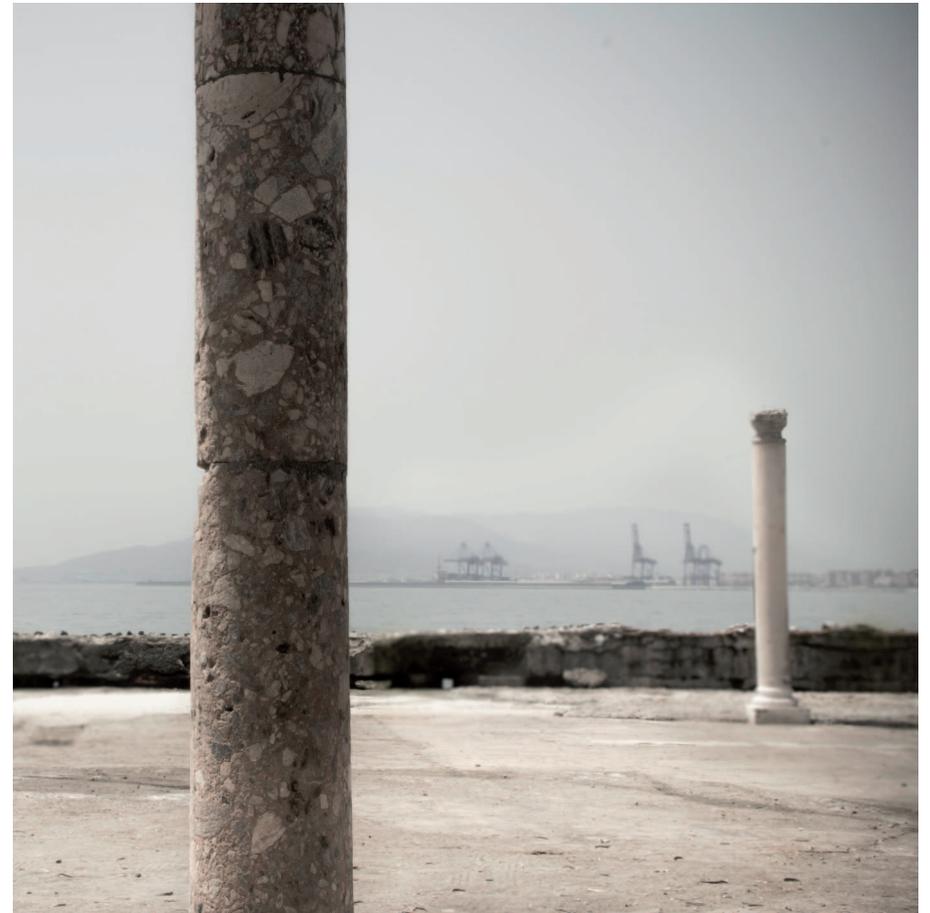




De las estructuras auxiliares

Existen estructuras que soportan y estructuras que permiten. El crecimiento y la permanencia se sirven de ellas, y las voluntades y el devenir las proponen y las cambian. Los elementos que las componen tienen algo de imprevisible y de nuevo, y serán amables al cambio y a la necesidad. Las leyes serán las primeras -las del puntal que sustenta y las del tirante que asegura, la sinceridad será el motivo y la respuesta.





De las materialidades

Que la piedra -la piedra que sostiene, la piedra que soporta, que acepta, que permite- es sensible a los vientos y a la sal y va quedando vencida, arañada y dolida del tiempo. Es testigo y centinela de los barcos que se deslizan en el horizonte, los barcos blandos de maderas blandas que son fuertes frente al mar.

